

**CUÉLLAR, DONAJÍ, COORD. *JORGE CUESTA: CRÍTICA
Y HOMENAJE. CUADERNOS DEL IILL 52. XALAPA:
UNIVERSIDAD VERACRUZANA, 2008. 200.***

Herman Melville, marinero sin estudios universitarios, publicó en 1851 una de las obras cumbre de la literatura estadounidense, convirtiéndose inmediatamente en un fracaso editorial. Murió con discreción el 28 de septiembre de 1891 y resucitó 29 años después a manos de la crítica.

Casos como los de Melville se pueden encontrar a menudo, ya sea por peleas con el grupo literario dominante, censuras, o bien la simple y llana incompreensión de los lectores de su época; el olvido de los grandes escritores y su posterior rescate es un capítulo infaltable en la historia de la literatura universal. En México, la crítica y poesía que Jorge Cuesta desarrolló en la primera mitad del siglo XX representa una de las mayores amnesias literarias, desdén que proviene en parte de la leyenda negra de su vida, por haber pertenecido a un grupo antagónico al de los defensores de la doctrina nacionalista que, aún hoy, se enseña en las escuelas, y por el hermetismo de su poesía, la cual estuvo dispersa en distintas publicaciones hasta la década de 1970.

Si en el navegador de Google buscamos “Jorge Cuesta”, lo primero en aparecer es la entrada de un artículo de Wikipedia, que dice así: “Jorge Cuesta se quitó la vida el 13 de agosto de 1942 en el sanatorio doctor Lavista, en Tlalpan. Tenía 38 años cuando, aprovechando un descuido de los enfermeros, se colgó con sus propias sábanas de los barrotes de la cama”. De la misma manera, otros sitios de internet que hablan sobre el poeta veracruzano utilizan el peso de su leyenda negra como anzuelo para atraer al cibernauta de ocasión. A pesar de su desconcertante biografía y su breve y lúcida obra, la figura de Jorge Cuesta sigue luchando por tener

Signos Literarios

un lugar en la Historia (con H mayúscula) de la literatura mexicana, ya que, a más de 70 años de su muerte, la mayoría de los mexicanos —y no se diga de los veracruzanos— desconocen al autor del “Canto a un dios mineral”. Lo más notable de esta amnesia literaria es que los propios estudiantes universitarios a menudo desconocen a Cuesta y su importancia en la literatura en lengua española.

En mi caso, el acercamiento a Jorge Cuesta se debió a la curiosidad de conocer a un escritor que sondeó la oscuridad de la palabra en busca de un dios mineral. *Jorge Cuesta: crítica y homenaje* me sirvió de asidero entre la marea de datos poco fiables que rodean su figura: hipótesis sobre relaciones incestuosas, aparente homosexualidad, drogadicción, locura, etcétera. Datos que, si bien pueden ser o no reales, han devorado lo importante, pues a Cuesta se le suele recordar como un caso clínico, no como a un poeta o un intelectual. Si digo que el libro me sirvió de asidero es porque a través de sus páginas el lector, especializado o novato, puede encontrar en perfecta armonía las tres caras del escritor: como leyenda, como intelectual y como poeta. Esa, me parece, es la virtud de esta edición, pues está pensada como un mapa que, paso a paso, lleva al lector por diferentes rumbos de la figura de Cuesta y nos habla de manera directa. La primera voz que se escucha es la de Miguel Capistrán, a quien, junto con Luis Mario Schneider, debemos la recopilación de la obra del poeta. Capistrán cuenta cómo la leyenda de Cuesta lo sedujo desde niño a raíz de un comentario de su padre, mismo que años después se convertiría en el centro de su vida como investigador. El texto del crítico se despoja de los tecnicismos propios del quehacer de la crítica literaria para ofrecernos un testimonio de los obstáculos y las sorpresas que encontró durante el rescate del poeta.

Jorge Cuesta: crítica y homenaje da una amena bienvenida a cualquier lector que tenga la curiosidad de acercarse a uno de los escritores más enigmáticos de las letras mexicanas. Por otro lado, las contribuciones de Adolfo Castañón, Malva Flores y José Carlos Blázquez Espinoza ofrecen un panorama del trabajo intelectual desarrollado por Cuesta, demostrando que, además de científico y poeta, el cordobés participaba activamente en los debates públicos que definieron al México posrevolucionario. Castañón reflexiona sobre el ejercicio crítico y sus consecuencias, encontrando en Sócrates una figura análoga a Cuesta, tanto en su pen-

samiento como en su figura de “tábano” del Estado. Por su parte, a partir de los trabajos de Luis González y González, Roderic Ai Camp y de la definición de intelectual acuñada por Gabriel Zaid, Flores hace un análisis de las relaciones entre los poetas y el Estado, concluyendo que Cuesta es el fundador del canon poético mexicano gracias al prólogo de *Antología de poesía mexicana moderna*, así como del canon crítico con la fundación de la revista *Examen*, además de ser el primer intelectual mexicano moderno, puesto que no se alía al proyecto de Nación de su época, al contrario, lo cuestiona.

En otro apartado, Blázquez explica la postura del poeta ante la implantación del socialismo en la educación primaria, mirándola como una doctrina que el Estado impondría a las jóvenes generaciones para fungir como bozal ideológico, lo cual contradice el espíritu humanista de la educación; ante esto Cuesta concluye que, de ser necesaria una reforma, no es en la escuela donde debería hacerse, sino en la Secretaría de Educación Pública. En esta parte del libro el lector encontrará un material de estudio más especializado, pero no por ello aburrido o abrumador; antes bien, ayudará a contextualizar el momento histórico y social en el que vivió permitiendo una comprensión cada vez mayor de la obra cuestiana.

En el siguiente segmento, Israel Ramírez divide la recepción de Cuesta en cinco períodos que van de 1924 a 1994. De dicha división, Ramírez concentra su estudio en sólo dos períodos (1924–1963), pues en esa etapa inicial se marcan las coordenadas que seguirá la crítica en la valoración de la obra de Cuesta; con este estudio se busca despejar la leyenda sobre el poeta y marcar una ruta oportuna para los futuros estudios en torno a la influencia del creador de “Canto a un dios mineral” en el México contemporáneo.

Por otro lado, Anthony Stanton expone algunos problemas que encierra la lectura de la obra cuestiana: el uso de una terminología que parece familiar, pero que en realidad es ambigua, contradictoria y polisémica; además, se pregunta si la “obra” de Cuesta lo es en el sentido estricto, pues el lector se enfrenta a un grupo desperdigado de textos heterogéneos sobre temas diversos; por ello Stanton señala que, para una mejor comprensión de la obra, hay que reconocer que en el poeta coexisten el teórico y el polemista. Así, mediante el estudio de la tradición

Signos Literarios

filosófica y literaria a la que Cuesta se suscribe, el ensayo “Un pretexto: *Margarita de Niebla* de Jaime Torres Bodet”, concluye que, aparte de ser un texto ambicioso y que sentará las bases de uno de sus ensayos más importantes, Cuesta pretendió analizar bajo una particular concepción del clasicismo la estética clásica y antirromántica de Alfonso Reyes.

Posteriormente, María de Lourdes Franco Bagnouls estudia su base discursiva buscando aclarar el papel de la inteligencia y la ambigüedad en la obra cuestiana. La autora encuentra en sus proposiciones apocríticas y en el desarrollo de una “estética de la incredulidad” las claves para interpretar el pensamiento y los escritos del poeta, donde se utiliza la negación como medio para llegar a la verdad. Finalmente, esta primera parte del libro cierra con el estudio de Donají Cuéllar sobre “Canto a un dios mineral”, el cual explica la poética del espejo a la luz de un sistema de correspondencias que nos remiten al ideal de *poesía pura*, compartido por Xavier Villaurrutia y José Gorostiza, así como el concepto de conocimiento expresado por Charles Baudelaire. Estas correspondencias buscan aprehender, descomponer y reflejar la realidad, deconstruyéndola y reconstruyéndola. Cuéllar concluye que “Canto a un dios mineral” representa “un momento privilegiado de la poesía moderna en lengua española” por cuanto es conciencia de sí misma.

La segunda parte del volumen, dedicada a homenajear a Miguel Capistrán, corre a cargo de Esther Hernández Palacios, Alicia Zendejas, Carmen Galindo y Francisco Vidargas, quienes revelan distintos aspectos del trabajo que este investigador independiente ha desarrollado durante toda su vida.

Gracias a estos textos se vislumbra claramente una posibilidad para leer a Cuesta desde una perspectiva más acertada, pues como decía al principio, muchos lo han comentado o estudiado partiendo de su “locura” y con ella intentan explicar su obra. Sin embargo, puede afirmarse que dicha obra fue la que determinó su vida, pues su compromiso social, su sed de conocimiento, su batalla interior entre el pensamiento racional y las fuerzas irracionales, nos dan más pistas sobre los porqués de su muerte que cualquier especulación morbosa. En este aspecto coincido con Octavio Paz en que Jorge Cuesta fue un servidor de la inteligencia, de la razón “la gran tentadora”, por ello su muerte fue absurda “no por falta sino por exceso de razón”.

Dentro de los estudios actuales sobre literatura mexicana, *Jorge Cuesta: crítica y homenaje* aparece como una escalera que llevará al estudiante, al lector común o al profesional de las letras por las diferentes aristas del pulido diamante que es la obra de Cuesta. Sin ser un trabajo monumental es abarcador y posiblemente se convierta en uno de esos libros que se leen lentamente, a los que hay que regresar con el paso de los años para que nos hablen de diferente forma según la época que estemos viviendo.

En lo personal, su lectura me ha acercado al pensamiento de un polemista que, a pesar de las condiciones adversas en que desarrolló su trabajo intelectual, encontró la clave para enfrentarse al mundo que le tocó vivir y esa es una de las aportaciones que puede hacernos el “más triste de los alquimistas”, ya que su disidencia intelectual, su constante cuestionamiento al Estado, a las figuras de poder y a los propios escritores consagrados de aquellos años todavía puede y debe hablarnos.

Tal vez en este 2009, año aciago que se niega a terminar sin más sobresaltos, la lectura de *Jorge Cuesta: crítica y homenaje* nos abre puertas y nos otorga un motivo para reflexionar sobre los tiempos agitados en los que, mal que bien, intentamos sobrevivir, pues su escritura es un testimonio del cambio, del exilio, de la crisis y de la eternidad, la cual, a más de 60 años de su muerte, parece haber encontrado.

Iván G. Partida Partida*
Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias
Universidad Veracruzana

D. R. © Iván G. Partida Partida, México, D. F., julio–diciembre, 2009.

* cerebrado86@hotmail.com